

L. P. Curtis Jr.
El taller del historiador



¿Cómo y por qué se escribe un libro de historia? En éste volumen, compuesto a instancias de L. P. Curtis, Jr., dieciséis destacados historiadores nos abren sus «talleres». «Como la historia, en rigor, no es ni más ni menos que lo que hacen, piensan o escriben los historiadores, no debiera carecer de importancia saber cómo se las arreglan éstos para llenar su función de interpretar el pasado». Los colaboradores no pretenden, claro está, ofrecer un manual de historia simplificada, ni una fórmula mágica que pueda suplir a la iniciativa y originalidad de todo intérprete de la historia. Pero sus ensayos, además de elucidar dieciséis importantes y variadísimos problemas del pasado —que a menudo se han reflejado en el presente—, nos revelan otros tantos métodos de investigación del historiador moderno. En nuestro taller, el hincapié se encuentra entre la autocomprensión del historiador y el entendimiento de la historia, y en algunos casos no es fácil diferenciar entre los dos. «La única historia verdadera que no se puede hacer sino en colaboración es la historia universal», decía Marc Bloch. Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto. Sus límites pueden ser fijados también por la naturaleza propia de sus métodos. Queda por preguntar si las técnicas de la investigación no son fundamentalmente distintas según nos aproximamos o nos alejamos del momento presente. Y esto equivale a plantear el problema de la investigación histórica.

Índice de contenido

Cubierta

El taller del historiador

Introducción

Reflexiones

Obispos y Santos

Historia y clavos de herradura

Fortuna plus homini quam consilium valet

La verdadera magnitud de un pequeño problema histórico

Clío en el nuevo mundo

Sin mucho respeto a conceptualizaciones anteriores

El trabajo sobre las ideas en el tiempo

La edad de la revolución democrática

El rostro cambiante de la multitud

Una ojeada retrospectiva: Andrew Jackson: Symbol for an age

De cómo el reino del gran Makoko y ciertas campanas sin badajo se volvieron temas de investigación

De las imágenes y la imaginación en la historia

La génesis de «Confucian China and Its Modern Fate»

Mi vida con «Fraun Lou»

El historiador y la brecha de la cultura

Notas

A LA MEMORIA DE JOSEPH R. LEVENSON
[1920-1969]

«PENSAMIENTO» y «pensar», «verdad» y «vida» no necesitan ser idénticos. La historia está llena de «error», la muerte y la verdad están lejos de ser incompatibles. Algo lógicamente probable puede ser psicológicamente contradictorio. Algo teóricamente defendible puede ser históricamente insostenible. Eso es lo que queremos dar a entender cuando decimos que la historia no es un cuento con una moraleja, y cuando sentimos lo desgarrador de una causa perdida —la pérdida de un dominio objetivo—, no sólo el frío paso de los años cambiantes.

Del prólogo de *Confucian China and Its Modern Fate: A Trilogy*, 1968

El conocimiento propio es una cosa notablemente elusiva, pues el *self* se transforma en el cognoscente, y Liang, atrapado como cualquier hombre en su propio presente, difícilmente podía revelarse a sí mismo y seguir siendo él mismo.

Del prólogo de *Liang Ch'i-ch'ao and the Mind of Modern China*, 1959

Introducción

LA IDEA, o el capricho, que hizo surgir este volumen se remonta al invierno de 1965-1966, cuando yo estaba radicado cerca de Oxford —en Cumnor Hill, para ser preciso—, disfrutando de mis primeras vacaciones desde que, en 1959, empecé a dar clases. De no haber sido por ese año de búsquedas y re-búsquedas en las islas británicas, que debí a una *fellowship* del American Council of Learned Societies, acaso nunca hubiera encontrado el lugar y el momento apropiados para pensar en la relación de mis inmediatos intereses históricos con ese marco difuso y frecuentemente elusivo al que a veces llamamos Historia, con H mayúscula. Uno de los resultados de esas reflexiones sobre el significado y la existencia de Clío es este volumen, que pretende elucidar la manera en que algunos historiadores profesionales desempeñan su labor.

Los ensayos siguientes iluminan, con diversas intensidades de luz y sombra, algunos de los pasos que han dado ciertos historiadores obsesionados por una idea, un problema, una pauta, una imagen, una metáfora o un mito. Así, pues, enfoca el «taller» en que los historiadores conciben sus proyectos, reflexionan sobre ellos, buscan pruebas, levantan estructuras, las modifican, deambulan por los archivos, leen atentamente bibliografías y catálogos de libros, compilan tarjeteros, toman y clasifican notas, escriben una versión tras otra, pulen la prosa y modifican las galeras de sus libros y artículos. No ofrecemos aquí un manual de historia simplificada, ni una fórmula mágica para escribir monografías «definitivas», ni un método garantizado para evi-

tar conceptualizaciones históricas erróneas. En lugar de predicar a unas congregaciones indoctas cómo deben leer y escribir la historia, cada colaborador intenta explicar — tanto a sí mismo como a cualquier lector imaginario— cómo llegó a escribir algunas de sus obras, no sin dejar aquí y allá una que otra clave de cómo y por qué se metió a historiador. En este taller, el hincapié se encuentra entre la auto-comprensión y el entendimiento de la historia, y en algunos casos no es fácil diferenciar entre los dos. Aunque no representamos ninguna escuela histórica determinada, y en nuestros intereses, capacidades y enfoques al pasado somos tan variados como pueda serlo cualquier grupo de historiadores tomado al azar, nos agrada considerar este volumen como algo más que la obra de dieciséis historiadores «haciendo lo suyo», según la hoy célebre frase de Juvenal (*rem suam agit*). En qué consiste ese «algo más», es algo que variará de un lector a otro, conforme avancen a través de dieciséis ensayos sumamente individuales.

Por tradición, los historiadores suelen ser un tanto retraídos, si no totalmente misteriosos, acerca de cómo producen sus libros y artículos. Desde luego, existen algunas notables excepciones a la regla; pero, en general, puede decirse que los historiadores prefieren, por mucho, escribir acerca de los hábitos de trabajo y las suposiciones de otros historiadores, antes que exponer sus propios métodos al ojo del público. Cada monografía o trabajo de historia tiene su propia vida privada, que rara vez o nunca aparece impresa. Necio sería pretender que todas esas vidas privadas justifican el gasto de la tinta. Pero unas cuantas «vidas breves» de ciertas obras de historia acaso contengan más sustancia o alimento espiritual, para el futuro pensamiento histórico, que cientos de prólogos convencionales a densas monografías, atestadas de agradecimientos del autor a todos los mentores o atormentadores (no deben confundirse con las esposas e hijos) que en algo ayudaron u obstaculizaron al libro. Como estos prólogos revelan poco o nada

de la concepción y gestación del libro, su «verdadera historia» nunca se cuenta. En muchos casos, vale más así: para algunos historiadores, tales revelaciones serían más que embarazosas. Lo que intentamos explorar aquí es la vida oculta o interior de la monografía histórica, sin hacernos ilusiones sobre nuestra capacidad de agotar el tema, y menos de escribir la historia definitiva de nuestras propias obras. De ello no siempre se sigue que los historiadores que comprenden sus propios métodos de trabajo —por no decir que se comprenden a sí mismos— tienen un mejor entendimiento de las cosas del pasado. En algunos casos, puede decirse lo contrario. Pero aquí, en este taller, deliberadamente hemos cultivado cierta conciencia de sí mismo, con objeto de sondear algunas de las influencias especiales que han dejado su huella en nuestras obras a través de los años.

Hay, desde luego, un buen número de druidas o sacerdotes de la historia a los que ni en un mes de vacaciones sabáticas podría persuadirse de que permitieran a sus congregaciones echar siquiera un vistazo a sus talleres privados. Para ellos, lo que ocurre tras el altar de la Historia, y en la sacristía del historiador, no es para ojos profanos, y menos aún para escépticos e incrédulos. En cambio, los miembros más seculares y realistas de la profesión prefieren practicar a predicar sus métodos, porque es así como se obtienen las recompensas psíquicas y materiales. Así, dejamos en libertad a un reducido grupo de historiadores con la necesaria desfachatez, *chutzpa*, narcisismo o lo que ustedes gusten —además de tiempo— para poner en letras de molde sus sensibilidades históricas, sus métodos y no-métodos, y sus peculiares maneras de convertir las preguntas en respuestas y las hipótesis en conclusiones.

Así pues, no fue simple curiosidad, morbosa por culpa del clima de Oxford, la que inicialmente me movió a emprender un estudio de taller del «oficio del historiador». Aparte de mi propia disposición a aprender de otros historiadores, estaba decepcionándome cada vez más del esta-

do de la literatura acerca de la literatura de la historia. Libros, manuales y conferencias publicadas acerca de historia, historicismo, filosofía de la historia, historiografía, método histórico, meta-historia, Clío, cliometría, etcétera, estaban fijando un precio de unos cuarenta dólares por docena en el mercado, y virtualmente todos trataban el caso en términos optativos, señalando el camino —después de mucho afilar el hacha o batir la maleza— de cómo debe hacerse o no hacerse la historia. No que todos esos libros y ensayos sean erróneos o fútiles. Mucho tenemos que aprender del examen periódico de la colectividad a la que pertenecemos, y de las suposiciones y métodos que parecen mantenerla unida, aun si la epistemología o metodología de un historiador resulta anatema para otro. Pero los tiempos han cambiado desde que lord Acton pensó, por primera vez, en la era de la «historia final». La enseñanza y escritura de la historia no sólo ha llegado a ser una industria multimillonaria, con incontables ganancias marginales, especialmente si se está en el «buen» campo. ¡Cada vez más historiadores parecen burlarse abiertamente de Clío, y prefieren jugar con modelos «científicos»! Cuanto más complicados matemática o sociológicamente, mejor. Para muchos historiadores jóvenes, donde hoy está la «verdadera acción intelectual» es en la línea fronteriza entre la historia y disciplinas tales como sociología, antropología, demografía, econométrica, economía y psicología. Por mucho que pueda ofender los anhelos humanistas de algunos historiadores, al parecer Clío está alejándose y resultando indeseable para aquellos historiadores profesionales a quienes atraen los problemas y maneras de resolverlos de varios científicos de la sociedad y el comportamiento. Por lo tanto, este volumen inicialmente debió su existencia a algunas preguntas y una curiosidad no sólo relacionadas con las nuevas direcciones de la investigación histórica, sino también con el contenido de los principales sectores de la economía histórica a fines de los sesentas. Sería conveniente decir de una vez al lector

que muchas de tales preguntas y esa curiosidad aún permanecen en el cerebro del editor, tres años y dieciséis ensayos después.

Como yo no podía concebir un libro que revelara exactamente cómo escogen sus temas los historiadores, cómo efectúan sus investigaciones, cómo dan forma a sus interpretaciones y cómo resumen sus resultados, me pareció apropiado compilar una antología en que algunos historiadores enfocaran estos aspectos específicos de su carrera y su profesión. A mi parecer, E. H. Carr planteó una pregunta, gastada y fastidiosa, aunque de una manera elegante, cuando publicó sus *Trevelyan Lectures* en 1961, intituladas *What is History?* Aun si alguien llegara a suscribir la respuesta final del autor a su propia difícil pregunta —y yo no lo hice—, esta gustada obra nos decía mucho acerca de las relaciones de Carr con Clío y con Hegel, para no mencionar a Isaiah Berlín y a Hugh Trevor-Roper, pero ocultaba celosamente a Carr, el historiador en activo, al autor de *A History of Soviet Russia* y otros libros importantes. Admito que las preguntas que me preocupaban eran menos cósmicas y teleológicas, y como, asimismo, tenían menos que ver con ideología, en algunos aspectos eran más difíciles de contestar. Entre ellas estaban: «¿Cuál es su índole de historia?». «¿Por qué la escogió?». Y, sobre todo, «¿cómo la escribe usted?». Todas ellas preguntas muy personales y claramente empíricas, que, por lo tanto, probablemente fastidiarían u ofenderían a los historiadores más «sacerdotales» de aquí y de allá. Después de todo, Carr había dado cierto crédito a Freud por «reforzar la obra de Marx», al alentar «al historiador a examinarse a sí mismo y su propia posición en la historia, los motivos —quizás ocultos— que decidieron su elección del tema o periodo, y su selección e interpretación de los hechos...». Basado en la suposición de que estaba viviendo en la «edad de la conciencia de sí mismo», Carr

concluyó, no muy novedosamente, que el historiador «puede y debe saber lo que está haciendo».[1]

Las preguntas más personales e introspectivas, tan constantemente evitadas por Carr en sus conferencias Trevelyan me parecieron bien dignas de plantearse durante ese año sabático en Inglaterra, cuando los problemas de método, interpretación y prueba me parecieron mayores, en mi obra, que nunca antes. Todos los historiadores que yo conozco tienen su propia manera especial de tratar problemas análogos o comparables en su propio terreno, y algunos de tales métodos o maneras debían ser más eficientes y prolíficos que otros, si se supone una distribución aproximadamente igual de capacidad o inteligencia innata entre los historiadores en cuestión. Aquí estaba, entonces, la pobre y un tanto ingenua excusa de utilidad, subyacente en una buena parte del taller. Pero ni aun en mis momentos de mayor optimismo me hice ilusiones acerca de la buena disposición de otros historiadores a aprovechar los triunfos, para no mencionar los errores o reveses, de sus colegas que se atrevieran a exponerlos en letras de imprenta.

Una vez decidido a seguir esta curiosidad hasta el punto de hacer una antología del taller, redacté un memorándum, explicando el «propósito» de semejante volumen, y formulando algunos lineamientos flexibles, para conveniencia de los potenciales colaboradores. En efecto, a cada autor se pidió que combinara cierta medida de auto-retrato con una breve biografía de su propia obra. Es cierto que esto entrañaba cierta cantidad de miradas al espejo, pero el propósito de tal operación era explicar, no admirar, lo que se viera en el espejo. El prospecto enviado a cada candidato contenía el consejo siguiente:

Cada ensayo debía tratar de explicar la relación existente entre la metodología y la interpretación, entre premisas y conclusiones, pruebas e hipótesis, todo dentro del marco de la que el autor considerare su obra más importante u original. El

ensayo debía representar, pues, la historia de una idea, hipótesis o argumento en particular, tal como hubiese evolucionado hasta la forma de ensayo o libro. Si tal marco de referencia resulta ser un libro o artículo publicado hace algunos años o una investigación actualmente en proceso, tal diferencia significa poco desde el punto de vista historiográfico. A cada historiador correspondería explicar su elección particular de entre sus obras, y describir tan sincera y agudamente como fuera posible el camino que había seguido desde los comienzos hasta el fin de tal investigación. En suma, lo que estos ensayos debían elucidar era el proceso por el que algunos historiadores «hacen» o escriben historia.

Aunque la autobiografía no era el propósito principal de esta empresa, desde el principio me convencí de que la investigación y la escritura histórica no podían ni debían estar completamente separadas de la historia personal del hombre dedicado a este proceso. Si algún colaborador prefería escribir en una vena autobiográfica antes de comenzar a explicar las operaciones de su propio taller, tanto mejor. Sin embargo, tal como resultó, relativamente pocos colaboradores mostraron grandes deseos de apartarse durante un buen rato de sus talleres. Para empezar, la asignación de escribir acerca de sus propios trabajos les pareció, en su mayoría, ya bastante subjetiva. Cualquier cosa más personal que ésa pareció lindar con un mero narcisismo o «verdadera confesión». Existe, desde luego, una diferencia considerable entre contemplar la propia obra y contemplar el propio ombligo. Si cada uno de los colaboradores de este volumen hubiese aceptado escribir acerca de las conexiones entre las experiencias de su primera infancia y su posterior interés en el estudio de la historia, los resultados habrían podido considerarse demasiado lascivos para publicarse, aun en esta época de tolerancia. Después de todo, uno de los más hábiles técnicos del taller fue quien, a fines de diciembre de 1966, me escribió: «Puede ser un alivio dejar de observar a China para dedicarse al autoanálisis,

aunque esto me recuerda a cierto pájaro que voló en círculos concéntricos cada vez menores hasta que ... tú puedes seguir su curso místico. Sea como fuere, me agrada mucho participar, leer entre las líneas de la obra de Narciso, y tratar de sorprender al autor».

Hacer la lista de los potenciales colaboradores del volumen resultó la parte más peliaguda de toda la operación. ¿Quiénes debían ser invitados desde el principio, y quiénes como sustitutos de los que se negaron a dedicar su tiempo a correr un riesgo? La gama de posibilidades era formidable, a juzgar tan sólo por el número de historiadores profesionales activos en Inglaterra y los Estados Unidos en 1966. Pero la elección quedó un tanto limitada por mi decisión inicial de no convertir el taller en un *omnium gatherum* de historiadores eminentes reclutados por todo el mundo.^[2] No debía suponerse que el volumen fuera una arena para colegas y clientes, ni la plataforma impresa de alguna particular escuela u ortodoxia de la historia. La decisión de limitar a los Estados Unidos y a Inglaterra la búsqueda de «trabajadores» bien dispuestos fue subjetiva, y refleja mi mayor familiaridad con los historiadores activos en estas dos culturas. (Es casi superfluo —mas no por completo— decir que podría producirse un apasionante volumen dejando correr el talento histórico de Europa y del mundo no occidental).

Los historiadores invitados a participar en el taller fueron, en su mayoría, eruditos ya establecidos, que habían escrito libros y artículos, aventurándose más allá de los métodos e interpretaciones convencionales en sus campos.^[3] Para el editor, al menos, los candidatos más elegibles para el volumen eran hombres que habían laborado en las fronteras y límites que separan disciplinas, culturas, métodos y unidades territoriales. Edad, posición, institución y la conocida lista de triunfos académicos importaban menos que originalidad y vigor mental. El taller también necesitaba hombres de cierto olfato y aventurerismo en su obra. El plan original pedía una distribución relativamente equitati-

va de autores entre los campos o ramas generalmente reconocidas de la historia, pero hubo que abandonar categorías enteras, por negativas de muchos de los primeros interrogados.

Como el propósito del volumen —si tal no resulta una palabra demasiado pomposa— era arrojar luz sobre la manera en que algunos historiadores escribían la historia, todo dependía de encontrar a «los indicados», como me dijo Vivian Galbraith en diciembre de 1966. «Y los indicados —añadió— deben ser aquellos que, en general, no son demasiado egoístas». ¡Qué buen consejo resultó, y a veces qué difícil de seguir! No obstante, debe notarse que «los indicados» de este taller en realidad se escogieron a sí mismos, tanto como fueron escogidos. De cincuenta y dos invitaciones en toda forma enviadas en un periodo de dos años, sólo quince de los que las recibieron —o sea cerca del 29%— no sólo aceptaron tomar parte, sino que llenaron los términos del contrato. Como la tasa de rechazos resultó especialmente elevada entre los historiadores de las universidades de la Ivy League y de Inglaterra, el volumen resultó más un producto de Berkeley de lo que algunos hubiesen deseado.^[4] Pero la obvia réplica a toda acusación de *inbreeding* es que sería necio ir a buscar «los indicados» a tierras lejanas cuando acaso estén en sus despachos del otro lado de un corredor. Además, seis de los siete contribuyentes de Berkeley tienen grados de universidades orientales y el séptimo, Carlo Cipolla, divide su año escolar entre Berkeley y Pavía, por lo que resulta relativo nuestro aparente regionalismo o provincialismo.

Casi todos los que rechazaron la invitación de participar en el taller se tomaron la molestia de expresar sus ideas al respecto con una sinceridad alentadora (aunque ocasionalmente brutal). Acaso fuera indiscreto, y aun posiblemente difamatorio, publicar todos los comentarios recibidos de los no participantes; pero hay ciertos pasajes que debemos citar porque, sencillamente, representan la gran variedad

de historiadores que florece más allá de los confines de este taller. Unos cuantos fragmentos anónimos pueden ilustrar el punto. Un historiador inglés trató de evitar mi red con la siguiente explicación: «Además, soy muy malo para escribir acerca de métodos... porque no tengo ninguno. Sólo una vez he escrito un libro mío, basado en investigación, y decidí no volver a hacerlo nunca». Un eminente historiador norteamericano expresó el siguiente juicio: «Es una idea excitante, y desde luego voy a pensar un poco en ella. Lo malo es que, por alguna razón, vacilamos antes de ver demasiado profundamente lo que nos pasa por la cabeza. ¡Sabe Dios lo que encontraríamos! ¡Acaso nos viéramos obligados a trabajar como un piquete de autodemolición! Mucho más atractivo resulta ver al futuro, y dejar a otros que escriban nuestro propio epitafio». De un intelectual historiador norteamericano llegó lo siguiente: «Su proposición es maravillosa. Si todos los colaboradores satisficieran realmente su petición, la profesión histórica quedaría quebrantada hasta los cimientos. Lo que hoy tan sólo sospechamos quedaría probado incuestionablemente: que nadie procede como los manuales de investigación dicen que procedemos». Otro historiador, que ocupaba uno de los primeros lugares de la lista, declinó la invitación en estos términos: «Creo que mi manera de escribir, como mi metabolismo, es algo que no entiendo; y le hago la desoladora predicción de que esto puede decirse de un buen número de sus colaboradores». Para terminar llegó esta tirada de un buen amigo que trabaja en una universidad del Oriente: «Creo que esta vez tendremos que separarnos. Aunque puedo apreciar la fascinación de tu propuesta, sencillamente me niego a tomarme tan en serio. Esta clase de conciencia de sí mismo, tan característica de nuestra época psicoanalítica, me resulta bastante ofensiva, desde el punto de vista de la seriedad profesional y de la estética. Además, escéptico como soy ante la historia oral o ante los recuerdos *post hoc*, espero que a la gente culta le importen un ardite mis medi-